

## Migrante, Marcos Antil

---

Por Claudia Dary<sup>1</sup>

claudia\_dary@yahoo.com



**Figura 1:** portada del libro *Migrante*, de Marcos Antil, 2019<sup>2</sup>.

---

1 Antropóloga guatemalteca, egresada de la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos e investigadora a tiempo parcial del Instituto de Estudios Interétnicos y de los Pueblos Indígenas (IDEIPI) de la misma universidad.

2 Copyright Marcos Antil, 302 páginas, Guatemala, septiembre 2019, ISBN 978-1-096708-56-8.

Marcos Antil, quien nació en 1976 en la aldea Nancultac (Santa Eulalia, Huehuetenango), a 340 kilómetros de la capital, nos deleita con su autobiografía que ha titulado con una sola palabra cuya fuerza resume su vivencia y la de muchos de sus paisanos q'anjob'al: *Migrante*. Claro está que cada vida es única; cada trayectoria y cada camino recorrido hace de una persona un ser irrepetible. Sin embargo, hay episodios de la experiencia migratoria que son compartidos por la comunidad: un lugar de nacimiento, un mismo idioma, la identidad étnico-cultural, la precariedad económica, la exclusión social y el impacto de la guerra. Y, sobre todo, se comparte una misma ilusión, la de llegar al destino idealizado: el norte.

La obra inicia con un duro momento de la vida adolescente, en el que Marcos Antil acababa de llegar a Los Ángeles y sufre un accidente en una fábrica. Enseguida, el autor nos traslada a los recuerdos infantiles en Santa Eulalia, Huehuetenango, y refiere algunas tradiciones que le contaron sus antepasados acerca del momento en que nació con el cordón enrollado al cuello. Por ese detalle, y según las mujeres de su pueblo, Antil estaría destinado a ser guía, a ayudar a otros. Eso le fue dicho desde que era apenas un niño, que había algo especial en él, una buena estrella. Los juegos infantiles, la relación con sus hermanos y hermanas, las normas y valores enseñadas por padres y abuelos ocupan líneas importantes, de esos imborrables recuerdos.

Antil dedica un espacio de su obra para relatar la vida de un niño campesino de una familia sin tierra: la historia de su padre. A los 10 años de edad se marchó, solo, de su aldea hacia la cabecera departamental de Huehuetenango, en donde abordó una camioneta con rumbo a la capital. Allí permaneció por tres años, acogido por la bondad de un técnico reparador de radios. La narrativa sobre este episodio de la vida del papá del escritor es cautivadora desde el primer momento. Luego, Antil transporta al lector a la finca de café, en donde su padre tuvo que trabajar siendo adolescente y en donde conoció a la joven mujer que sería su compañera de vida: *mamá* Lucín. Antil describe la vida de su madre de una manera que denota su sensibilidad frente a las múltiples exclusiones que experimentan las mujeres indígenas a lo largo de sus vidas. Hay dramatismo y realidad en sus palabras. Pero no todo es tragedia. Antil también refiere con alegría la belleza de la flora y la fauna de muchos lugares en donde sus padres vivieron o trabajaron.

La obra es muy interesante para comprender las dinámicas de la migración interna, las reiteradas idas y venidas de la población indígena, desde el norte de Huehuetenango hacia el sur del mismo departamento y hacia otros lugares de la bocacosta. El autor narra cómo sus abuelos maternos formaron parte de aquel

masivo grupo de indígenas que viajaba seis meses al año, de mayo a noviembre, desde su tierra natal hasta las fincas de algodón, café, banano o azúcar, ubicadas en San Marcos, Retalhuleu, Suchitepéquez o Quetzaltenango. Esta situación a la que muchas familias indígenas han estado obligadas históricamente, nos dice el autor, ha incidido negativamente en su educación, pues los niños deben interrumpir la asistencia a clases, teniendo como resultado muchas personas con primarias incompletas. Se ha escrito bastante, desde las ciencias sociales, sobre el trabajo indígena en las fincas. Sin embargo, la experiencia de Marcos Antil padre tiene peculiaridades que vale la pena conocer. En una finca, experimenta la faceta más triste de su vida: la pérdida de una de sus hijas. El mismo autor, cuando tenía cinco años de edad, estuvo punto de morir. La lucha de su madre, *mamá* Lucín Cuxín, para que él pudiera sobrevivir es narrada con una mezcla de ternura y dramatismo.

La familia de Marcos Antil se traslada de la aldea a la cabecera municipal, todo para que los niños puedan asistir a la escuela. Eran los años ochenta y se vivían los peores momentos del conflicto armado interno que golpeó Santa Eulalia, San Juan Ixcoy, San Pedro Soloma, Santa Cruz Barillas, San Mateo Ixtatán y tantos otros lugares habitados mayoritariamente por indígenas. Los niños –como en ese entonces lo era Marcos Antil– fueron testigos indefensos de un enfrentamiento entre dos bandos.

En 1982, el padre del escritor y hoy empresario, era el vicecalde de Santa Eulalia. El autor tenía apenas siete años de edad y recuerda que miraba a los soldados pasar, llevando sus armas, frente a su casa y ante la escuela. Narra esa época convulsa de la historia de Guatemala; aunque solo era un niño de primero primaria, muchas cosas le impactaron. La familia dejó de viajar a la costa y se diversificó en cuanto a sus actividades económicas. Sin embargo, el alcoholismo era un problema serio en la comunidad y sus padres no escaparon a esa situación. Las iglesias evangélicas comenzaron a proliferar a partir de 1982, sus padres se convirtieron y el dilema con el alcohol cesó. Por ese año, la desconfianza, el temor, el silencio y el recelo comenzaron a contaminar a la comunidad.

En la aldea Cocolá Grande, el padre del autor tenía un terreno en donde la familia trabajaba los fines de año, durante el descanso escolar. El terreno estaba en tierra cálida y fue obtenido por medio del INTA; allí la familia sembraba café y cardamomo. El autor describe el alba y los atardeceres con detalles curiosos; nos cuenta acerca de su placer al sentarse cerca de la fogata y al perseguir a las luciérnagas. En este lugar aprendió a escuchar el trino de las aves y a cortar el café del modo correcto. Relata que por aquellos años a él nunca le faltó ni el amor de sus padres ni la esperanza. Ahora, y luego de tantos años, Antil ha regresado a Cocolá Grande y apoya proyectos educativos en esta región.

La alegría de poder disfrutar de la naturaleza en Cocolá Grande se ve ensombrecida por una época salpicada por la sangre derramada durante el conflicto armado interno. El autor refiere cómo el lugar se vio dividido porque algunos campesinos optaron por seguir a la guerrilla y otros al ejército. Su mismo padre fue perseguido y por eso huyó del país en 1987 (pp. 91-100)

La partida de Marcos Antil padre, lo que sienten los niños cuando falta la cabeza de familia, la madre que queda sola y a cargo de todo, esa tristeza y vacío son transmitidos vívidamente al lector. Y allá en el norte, la solidaridad étnica en Los Ángeles, los coterráneos de Santa Eulalia ayudan al padre a conseguir un trabajo en una fábrica de ropa. Mientras tanto, allá en Santa Eulalia, los niños Antil escuchan la voz de su progenitor por medio de casetes que comienzan a llegar. Poco a poco, la familia se fue trasladando a EE. UU.: primero la madre, luego los hermanos y, finalmente, el autor. Marcos Antil transmite la sensación de soledad y los sentimientos de un preadolescente cuya familia entera se ha marchado, dejándole al cuidado del profe de matemáticas; refiere también el despilfarro inicial que hacen los jóvenes –hijos de migrantes– al recibir sus primeras remesas que se gastan en puras chucherías.

Pero Antil no iba a quedarse solo para siempre en Santa Eulalia. Pronto recibe instrucciones para partir y lo hizo con apenas dos camisas y un suéter dentro de una mochila. Eso, además de todas las dudas, la ansiedad y las preguntas que se hacen los migrantes que se marchan para el norte. Antil nos ofrece un fascinante relato de su salida de Guatemala, lo difícil y extenuante que fue su travesía, por tierra y por aire, por territorio mexicano durante doce días interminables.

La llegada a California no fue lo esperado ni lo soñado. En cambio, una sensación de estar perdido, aburrido y decepcionado le embargó. Antil describe sus primeras impresiones de la ciudad de Los Ángeles. Él era un muchacho q'anjob'al de 14 años que no sabía ni una palabra de inglés en una ciudad inmensa, bulliciosa e intimidante. Desubicado, según él, es la palabra que mejor lo describe. Llega a la escuela pública y, allí, el hecho de escuchar a los maestros hablar por horas en un idioma que no entendía fue una verdadera “tortura”. Pero eso fue lo de menos. Soportar las burlas por no entender nada en las clases y quedarse callado, sin poder responder al profesor, fue algo más duro todavía. El autor relata que la división entre indígenas y ladinos que permea las relaciones interétnicas en Guatemala, se replicaba perversamente también allá en California entre los adolescentes migrantes guatemaltecos, en la escuela de Los Ángeles. Los q'anjob'al, en su nuevo entorno “gringo”, comienzan a sentirse avergonzados de hablar en su propio idioma: “decían que por estar en Estados Unidos solo hablarían inglés, que por hablar español los discriminaban pero que era aún peor si se atrevían a hablar el idioma en la escuela o en espacios públicos” (p. 150).

Por eso, cuando Marcos Antil asistía a los servicios religiosos de la iglesia evangélica junto a sus padres, oraba por no perder sus raíces y su orgullo tanto q'anjob'al como guatemalteco. Por el maltrato y la discriminación en la escuela, él abandonó la secundaria por poco tiempo y entró a una fábrica a planchar ropa con una máquina industrial. Una quemadura con vapor le hizo reflexionar y lo hizo regresar a la escuela secundaria del barrio de Los Ángeles donde vivía. Allí, el ambiente social era difícil, de mucha agresión entre los estudiantes. La mara Salvatrucha era una opción de protección personal para algunos jóvenes migrantes, cuya situación familiar estresada y cargada de trabajo se iba desmoronando. Es así que el autor explica claramente por qué este grupo pandilleril se vuelve, en muchas ocasiones, la única opción para los jóvenes marginados.

Esta parte del libro es muy interesante para aquellos interesados en el fenómeno pandilleril y juvenil en general, tanto de Estados Unidos como de Guatemala, y su interrelación. Pero en el caso del autor, tuvo la buena fortuna de que el afecto de sus padres y hermanos, así como el haberse integrado a un equipo de fútbol americano; además de su participación en la Sociedad de Jóvenes de su iglesia, lo apartaron de la mara a la que estuvo a punto de entrar junto a un amigo. Las diferentes trayectorias de la vida de una persona, sobre todo en la adolescencia, están marcadas por su entorno familiar, el cual incide en las decisiones que se toman. Las reflexiones del autor sobre la vida de los jóvenes en la ciudad de Los Ángeles y la capacidad de agencia social del individuo son interesantes.

El hecho de tener un buen maestro o maestra, desde la perspectiva académica, pero, sobre todo, desde el punto de vista humano, puede coadyuvar a encauzar el destino de un joven, tal como sucedió con Antil. Desde antes de los años 1980, California se constituyó en el estado étnica y culturalmente más diverso de Estados Unidos. Este ambiente multicultural constituyó un reto para el sistema escolar y para el profesorado de California. Los maestros de origen latino y anglosajones diseñaron un sistema especial bilingüe; que utilizaba muchas imágenes e ilustraciones y que trataba de respetar los códigos culturales de cada alumno, además de lidiar con las pandillas impidiendo que los alumnos se les unieran y abandonaran la escuela. La sensibilidad de estos maestros para acercarse a sus alumnos migrantes y conocer sus problemas familiares y de barrio fue una actitud que Antil valora en su libro. Participar en clubes de lectura y matemática, así como en el Movimiento Estudiantil Latino (MEL), lo ayudó a mejorar su manejo del inglés y español y a perder la timidez de hablar en público. El autor vivió en carne propia la emisión, en 1994, de la iniciativa estatal 187 que vedó el acceso a la salud y la educación a los residentes indocumentados de California. La iniciativa legal, francamente antiinmigrante, cerraba las puertas

a muchas oportunidades para los jóvenes. Pero estos no se callaron, salieron a protestar a las calles en contra de una disposición excluyente que retiraba becas y apoyos estudiantiles, préstamos a estudiantes con estatus migratorio irregular.

Cuando eran niños, los hermanos mayores del autor tenían ilusiones de trabajar como maestros; planes que se desdibujaron en Estados Unidos, ya que tuvieron que ponerse a trabajar en las fábricas de ropa para que los hermanos menores salieran adelante en la vida. En las vacaciones, Antil trabajaba en jardinería o lavando platos. Aprovechaba cualquier momento para trabajar o para aprender cosas nuevas; el manejo práctico y eficiente del tiempo es valorado por el autor: “desperdiciar el tiempo es un pecado y cada día es un regalo que hay que aprovechar al máximo. Esta era una de las enseñanzas que teníamos en la sociedad de jóvenes de la congregación cristiana” (p. 184).

“Migrante, a mucha honra” es el capítulo en el que el autor expresa de forma amplia y detallada no solo su vivencia, sino toda su interpretación de la problemática socioeconómica que empuja a los guatemaltecos a salir del país natal y, luego, al llegar a tierra americana, tener que ubicarse en ciertos trabajos; amén de las condiciones con las que deben desempeñarlos. También explica lo que el aporte de los migrantes significa para la economía californiana y estadounidense.

Durante un viaje de vacaciones a San Francisco, Marcos Antil conoce a una persona que se dedicaba a la computación, hablar con él y conocer su forma de trabajo e ingresos fue toda una revelación. En 1995, gana la admisión en la Universidad Estatal de California en Bakersfield y se convierte en el primer miembro de la familia en asistir a las aulas universitarias. Luego del emotivo relato de su graduación de *high school*, la cual es interpretada por el autor como un logro familiar, pasa a describir el inicio de su vida en el ámbito de la educación superior. Al inicio las cosas no fueron fáciles. Al tener una beca parcial que solamente cubría la colegiatura y los libros, el autor tuvo que tomar un empleo de ocho horas en una organización humanitaria de atención a niños maltratados. Simultáneamente, se dedicaba a las materias de la carrera que escogió: ciencias de la computación. Pronto descubrió que algunas clases, como programación, eran mucho más difíciles de lo que originalmente pensaba. Por esta época, el autor pasó tantas penurias económicas al punto de tener que dividir una hamburguesa en tres partes para que cada uno fuera su alimento en cada tiempo de comida. Hubo muchas dificultades académicas, no obstante, logró identificar estrategias para superarlas. Su empleo también constituyó un espacio de aprendizaje continuo. Sobre todo, le sirvió para “desprogramarse” como víctima y asumir una actitud proactiva: “me fui sintiendo menos víctima de circunstancias como

la pobreza, la situación migratoria, la exclusión o la violencia, porque con cada historia que se escuchaba en las oficinas o en las cortes venía el consejo de un trabajador social o de un juez y podía ver que siempre existía una alternativa para mejorar la vida de la gente. Se necesitaba, eso sí, la decisión, la actitud y la perseverancia para hacer los cambios necesarios. Uno debía cambiar para salir de la programación de víctima y reprogramarse con metas” (p. 214).

Programación, matemáticas avanzadas, fueron clases difíciles que, en su momento, representaron un desafío fuerte para Marcos Antil, hasta el punto de casi querer quitarse la vida al sentir que defraudaba a su familia al no obtener las calificaciones exigidas para mantener la beca. La familia del autor ocupa un lugar nodal en todos los capítulos de la obra. Mantenerla unida, no defraudarla. Esa familia que había puesto todas sus esperanzas en él. Así que logra reflexionar, hacer un alto en el camino, buscar asesoría en la universidad y reorientar su manera de estudiar, enfocándose en la comprensión de los conceptos en vez de memorizarlos. Al llegar el momento de hacer la tesis, escogió el desarrollo de un sitio de internet informativo sobre Guatemala. Pero antes de finalizar la carrera, Antil recibe la oferta de un empleo en una compañía de petróleo y energía, en donde podría interactuar con ingenieros eléctricos e industriales. Opta por rechazarlo y seguir estudiando hasta graduarse.

Es interesante la manera como, a través de su trayectoria personal como estudiante de programación, el autor se ve inserto en el momento histórico del *boom* de la industria digital en California, en Estados Unidos y otras partes del mundo. Era el año 2000, cuando el mercado capitalista requería expertos en computadoras; el internet comenzaba realmente a expandirse y a volverse imprescindible para las empresas que se estaban haciendo cada vez más competitivas y dependientes de los recursos digitales. Marcos Antil, aquel niño que a los cinco años estuvo a punto de morir por un problema intestinal y que a los 14 viajó solo durante tantos días para llegar a Estados Unidos, había escogido una de las carreras más rentables e imprescindibles del siglo XXI y con ello comienza a descollar en su vida profesional: “requiere sacrificio, demanda tiempo y esfuerzo sostenido, sí; pero aunque tarda el árbol en crecer, llega el tiempo en que florece y da frutos” (p. 234).

A partir de algún descontento con ciertas situaciones en su primer empleo y, habiendo evaluado que ya tenía suficiente experiencia, Marcos Antil decidió independizarse. Luego de 13 años, el autor regresó Guatemala a pasar unas vacaciones. Fue hasta el 2003 cuando conoció varios lugares que, cuando estaba en Santa Eulalia siendo un niño, apenas había leído en los libros: Antigua Guatemala, Atitlán y otros. Admiró las bellezas naturales de Guatemala, pero

también observó con preocupación la pobreza y la desigualdad. En 2004 nació su empresa, XumaK, que significa florecer: “Yo, por mi parte reflexioné y me prometí que cuando llegara a tener éxito, nunca negaría mi origen ni mi cultura ni a mi gente. No lo hice antes, no lo hago ahora ni lo haré nunca. Estaba convencido de que mi emprendimiento iba a triunfar. Por lo tanto, me aseguré de recordar siempre mis raíces al ponerle un nombre en q’anjob’al a la empresa” (p. 267).

Abrir una empresa propia siendo un joven fue un desafío grande para el autor. Tuvo que esperar casi medio año para ver los primeros resultados; pero los contratos comenzaron a llegar. Sin embargo, la crisis financiera mundial del 2008 le pegó muy fuerte a Xumak, hubo necesidad de reducirse y cambiar de estrategias. Una de estas fue abrir una oficina en Guatemala, la cual fue creciendo en personal, infraestructura y cartera de clientes, aspectos que el autor describe en los capítulos finales. Contratar a jóvenes programadores guatemaltecos ha sido importante para el autor, quien ha soñado que los niños y jóvenes de su país no tengan que pasar las penurias por las que él pasó ni marcharse de su tierra, ni separarse de su familia. El libro cierra con el relato de la enfermedad y muerte de su madre, párrafos en los que el autor refleja su profundo amor y gratitud hacia ella por la abnegación, el amor y la paciencia que demostró hacia todos sus hijos y familiares.

La empresa Xumak es hoy de las más conocidas y exitosas en el mundo de la programación. Sin embargo, Marcos Andrés Antil no ha perdido la concepción cíclica del tiempo, que proviene de los mayas; su espíritu está permeado por la cosmovisión q’anjob’al sobre los cerros, los árboles y los personajes de la montaña que el autor rememora y conserva como si nunca hubiese tenido que abandonar Santa Eulalia. Por ello, ha decidido financiar proyectos socioeducativos en Cocolá Grande, aquel lugar productor de café donde el fundador y CEO de Xumak pasó sus vacaciones infantiles cortando el aromático café y jugando a identificar a las aves según su trino. Hoy son proyectos autosostenibles. Quizás es mejor terminar esta breve reseña con una frase final del autor para que sirva de aliciente para que su obra sea leída: “Yo soy Marcos Andrés Antil. Aquel niño cuyo ombligo quedó colgado en un árbol de Nancultac que sigue siendo el punto desde el cual se marca mi Norte, mi Sur, mi Este y mi Oeste. Dentro de mí hay sangre de muchos hermanos del mismo pueblo, muchos que emigraron a otros países por la guerra y la adversidad, muchos que murieron sin haber podido ver sus sueños cumplidos. Marcos precedentes, Marcos, luchadores, Marcos, servidores. Todos somos Marcos” (pp. 301-302).